

RECENSIONI

E. BURKHART - J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. I, II y III, Rialp, Madrid 2010, 2011 y 2013, pp. 623, 527 y 677.

Esta obra, que se substancia en tres volúmenes, afronta un tema predilecto para el fundador del Opus. San Josemaría presenta la vocación a la santidad en la vida cotidiana, desplegando una doctrina espiritual amplia y coherente.

Los autores aplican un ejemplar cuidado metodológico. Notan como la teología espiritual presupone tanto la teología dogmática como la teología moral; además, prologa y completa a esta última en algunos aspectos, sirviéndose especialmente de las enseñanzas de los santos. En este caso específico, las enseñanzas de San Josemaría son fuente del objeto sobre el que recae la reflexión teológica, pero no fuente de la reflexión misma, es decir, de la teología. Su pensamiento es, efectivamente, puro anuncio del evangelio, sin añadir nada. Pero el Espíritu Santo le ha hecho contemplar tan vivamente una verdad contenida en el mismo evangelio, que aparece nueva por su brillo: la llamada de los cristianos corrientes a santificarse en la vida ordinaria, santificando el mundo desde dentro (pp. 17-18).

Sobre las fuentes principales que utilizan, se admite que sólo en muy contadas ocasiones acuden a los Apuntes íntimos. El estudio considera todos los escritos de san Josemaría como un “corpus” único de doctrina elaborado entre 1930 y 1975, prescindiendo de la datación precisa de cada uno de ellos (pp. 20- 21).

Autorizadamente observa José Luis Illanes: «Con los años, el Señor le concedió luces nuevas y la experiencia vivida le ayudó a profundizar en la inspiración entonces recibida [en 1928], percibiendo nuevas facetas y alcanzando forma de expresión que contribuyeron a perfilar cada vez con más nitidez el espíritu y el apostolado del Opus Dei. Pero todos esos desarrollos se retrotraen al 2 de octubre de 1928 y encuentran en él su encaje» (p. 22). Ello parece suficiente para sostener la opción de llevar a cabo un estudio sincrónico que considere el conjunto del mensaje como *quid unum*. Tal opción se traducirá en que, para exponer su pensamiento sobre un determinado punto, con frecuencia, se aducen textos de épocas diversas.

Por otra parte, la doctrina del fundador constituye una unidad indivisible con su biografía, de modo que su enseñanza ha quedado plasma-

da no sólo en forma doctrinal, sino también desde el principio a través del testimonio de su propia vida. De ahí el interés de conocerla para profundizar en su mensaje. Así, el libro comienza con una *Parte preliminar* dirigida a contextualizar histórica y doctrinalmente la enseñanza de san Josemaría. Se describen, a modo de esbozo, las fases que atraviesa la conciencia de la vocación de los laicos a lo largo de la historia y se sitúa su mensaje en este proceso. A continuación de este apartado histórico teológico, se traza un marco conceptual de las nociones que están en la base de su enseñanza. Por último, se indican los destinatarios de ese mensaje, asunto de gran interés para entender su alcance, en parte universal y en parte circunscrito a laicos y sacerdotes seculares (p. 24).

Estudiar globalmente ese espíritu equivale a exponer *toda* la vida del cristiano que decide asumirlo. De ahí que la materia del volumen coincida prácticamente con la de un tratado general sobre la vida espiritual (aunque una monografía, porque no consideramos lo enseñado por otros maestros de vida espiritual sobre cada tema). Ante una materia tan amplia parecería lógico valerse de alguno de los esquemas que adoptan los tratados clásicos de Teología espiritual. Sin embargo no es posible hacerlo así, porque estos tratados no dan el debido relieve a puntos capitales para la vida de un fiel corriente, que son centrales para nuestro santo (pp. 24-25).

Ha sido necesario elaborar un esquema nuevo que resultara adecuado para presentar con orden el conjunto de la vida cristiana según san Josemaría. Él no ha dejado ninguna exposición sistemática de su mensaje ni ha indicado esquema alguno, pero ha ofrecido algunos elementos que podemos llamar “estructurales”. Para san Josemaría, la filiación divina –o más exactamente, el sentido de la filiación divina– es el “fundamento” de la existencia cristiana; y la santificación del trabajo profesional es el “eje” de la vida de un fiel llamado a santificarse en medio del mundo. Sobre ese “fundamento” y en torno a ese “eje”, la existencia cristiana se dirige hacia su meta o fin: la santidad, unión amorosa con Dios, inseparable del apostolado. Ahora interesa decir que estos tres elementos –el fundamento, el eje y el fin– nos han servido de pauta para la elaboración del esquema. Los temas quedan agrupados en tres *Partes*: una sobre el fin último, otra sobre el sujeto de la vida espiritual (en la que se habla principalmente de ese “fundamento” que es la filiación divina) y una tercera sobre el camino del cristiano (donde se trata del “eje” la santificación del trabajo) (pp. 25-26).

En la enseñanza de san Josemaría, tres expresiones: *dar gloria a Dios, buscar que Cristo reine y edificar la Iglesia*, proporcionan una

profunda comprensión del fin último y muestran la orientación primordial que ha de tener la vida cristiana. En la parte II se estudia cómo ha de ser el sujeto de la vida espiritual: en qué consiste su perfección. Bien anclado en la tradición, enseña que se halla en la “identificación con Cristo”. De ahí nace su apasionada reivindicación de la “libertad de los hijos de Dios” y su planteamiento de la caridad y demás virtudes cristianas que configuran con Cristo.

La parte III trata el camino por el que el cristiano se dirige al fin último en la vida presente. Como si dichas partes formaran un solo volumen, los capítulos llevan numeración continua. Enfocan la realización práctica de todo lo anterior y, en cierto sentido, pueden señalarse como los más importantes. Tres aspectos ganan relevancia decisiva. Primero, el terreno en el que se mueve el cristiano: la santificación del trabajo y demás actividades temporales; la lucha por la santidad; por último, los medios de santificación y apostolado. La elección está dada por san Josemaría. Son temas estructurales de su doctrina. Particularmente, la mención del trabajo profesional en primer plano se debe a esa misma fidelidad. Constituye el “eje” de la santificación personal y de la transformación de la sociedad y del mundo con el espíritu del Evangelio (III, pp. 15-16).

No supone tal influjo extrañamiento alguno. La secularidad cristiana santifica el mundo desde dentro, en cooperación del sacerdocio común y sacerdocio ministerial (pp. 104-106). Es difícil explicarlo en pocas palabras, porque se hallan implicados conceptos fundamentales de la misma teología de la Creación (pp. 169). El trabajo nace del amor, manifiesta el amor y se ordena al amor (pp. 171-172). Siendo personas de acción, se llega hasta la mística más alta (p. 197). La santificación de las relaciones familiares configura la sociedad en respeto al matrimonio, la vida y la educación de los hijos (pp. 232-233). Cuando apremia cualquier forma de participación, Escrivá no da consignas, sino impulsa la libertad cívica en la vida social (p. 238).

A conclusión del libro, se dispone un epílogo sobre la unidad de vida. Es un concepto clave en san Josemaría, esencial en su predicación (p. 620). Resume la unidad de fin y la unidad interior del cristiano que se realizan en el camino de la santificación (p. 623). Sintéticamente podríamos decir que se trata de la unidad entre “fe y vida” 638.

La enseñanza de san Josemaría es una, pero las explicaciones teológicas pueden ser diversas. Bastantes hubieran deseado encontrarse un libro más breve, pero ha parecido que resultaba necesario publicar primero un estudio extenso que sirviera de base para la síntesis futura (I, pp. 27-29).

Sin orientación polémica, el mismo fundador establece una referencia original. “Amo los religiosos y venero y admiro sus clausuras, sus apostolados, su apartamiento del mundo – su *contemptus mundi*-, que son otros signos de santidad en la Iglesia. Pero el Señor no me ha dado vocación religiosa, y desearla para mí sería un desorden” (p. 49).

En vez de “adaptar” las espiritualidades religiosas a la vocación laical, “recupera” para ésta última diversos elementos comunes del espíritu cristiano que, con el paso del tiempo, se habían materializado y conservado fundamentalmente (casi únicamente) en la vida religiosa: desde los aspectos más básicos como la entrega total a Dios, hasta ciertas prácticas de vida cristiana como la oración mental. El fiel laico puede aprender del religioso como tener “el alma llena del deseo de Dios”, pero no le basta su ejemplo para ser “ciudadano de la ciudad de los hombres” (pp. 49-50).

Históricamente, el proceso de toma de conciencia de la vocación y misión de los laicos cobra impulso a partir de los desafíos de la modernidad ideológica y de la secularización descristianizadora, pero no es una simple reacción defensiva que se agota en esa contienda y termina con ella. Una fórmula reactiva sería insuficiente: “los fieles laicos han de cristianizar la sociedad y para esto han de ser santos.” Hay que sostener: “los laicos han de buscar la santidad porque es su vocación primordial, y la santidad exige que realicen su misión apostólica propia” (p. 68).

Otra idea básica se refiere en general a la distinción entre la misión de los laicos y la misión de la jerarquía y contiene varios puntos articulados entre sí. Los laicos – hombres y mujeres – son Pueblo de Dios y tienen, por derecho divino, una propia misión y responsabilidad. Y esa misión consiste precisamente en santificar *ab intra* – de manera inmediata y directa – las realidades seculares, el orden temporal, el mundo. Su perspectiva es antitética a la visión clerical, que tiende a identificar la Iglesia con la jerarquía y minimiza la importancia del sacerdocio común de todos los fieles. (pp. 69-71).

Para san Josemaría, el apostolado de los laicos ha de ser ante todo “personal”, de persona a persona, apostolado de amistad y confianza como suele llamarlo. Efectivamente, la colaboración apostólica que san Josemaría propone a los laicos, no es la organizada verticalmente por la jerarquía para poner en marcha en la sociedad instituciones educativas o asistenciales “oficialmente católicas”; es una colaboración organizada por ellos mismos, en comunión, sí, con la jerarquía, pero poniendo en juego su iniciativa y responsabilidad personal; es una colaboración que dará lugar a actividades de clara identidad cris-

tiana, sin que sea necesario añadirles un sello de oficialidad católica. San Josemaría advertía la proyección ecuménica y evangelizadora que podía alcanzar esa colaboración (pp. 75-76).

La libertad personal es tema dominante en san Josemaría. Promover la libertad de los fieles laicos no es una táctica alternativa a dirigirles desde arriba, no es algo instrumental: es respeto a lo que se les debe por su condición de hijos de Dios y por su llamada a la santificación de las actividades temporales. Por su misma naturaleza, esas actividades, admiten diversos modos de ejecución compatibles con su ordenación a Dios. En este mensaje los términos “santidad”, “filiación” y “contemplación” están necesariamente vinculados en la existencia cristiana (pp. 76- 80).

Tres autores dan pie para mostrar algunos trazos del mensaje de Josemaría Escrivá de Balaguer en temáticas centrales sobre el laicado. Esos tres teólogos son : Yves Congar (1904-1995), Gustave Thils (1909-2000) y Hans Urs von Balthasar (1905-1988). La sintonía con el Concilio Vaticano II es una coincidencia de base, o sea, de cimientos de la vocación y misión de los laicos.

San Josemaría se caracteriza por haber predicado la llamada universal a la santidad en medio del mundo a través del trabajo profesional y de las tareas de la vida ordinaria, poniendo como fundamento el sentido de la filiación divina recibida en el bautismo; y por haber reivindicado, en el campo de la espiritualidad laical, una libertad cristiana que configura el modo de buscar la santidad y de llevar a cabo la misión que corresponde a los fieles laicos de vivificar desde dentro la sociedad con el espíritu de Jesucristo (p. 105).

Los autores del estudio recogen posiciones adversas desde Hans Urs von Balthasar a J. Estruch y otros (107-117) , pero, aún tratadas con atención respetuosa, muestran una inconsistencia poco justificable.

Notamos que hay registros diversos, cuando san Josemaría razona. Los textos sagrados son el punto de partida de su reflexión. Sólo los cita después de haberlos meditado repetidas veces, cuando los tenía ya incorporados a su vida. Después de las citas de la Escritura, las más frecuentes son de la Patrística, sobre todo los Padres Apostólicos, junto con San Agustín y San Juan Crisóstomo. En general, las obras más frecuentemente citadas son los comentarios patrísticos a los libros sagrados. Por lo que atañe al Magisterio de la Iglesia, en sus escritos se encuentran numerosas citas de los Romanos Pontífices del siglo XX y, sobre todo, del Concilio Vaticano II. Cuando trae a colación textos más antiguos, suelen ser de Concilios precedentes.

Si exceptuamos la Escritura, los Padres y el Magisterio, el autor más citado es santo Tomás de Aquino. La adhesión a su doctrina deriva de las orientaciones del Magisterio. Por ello, debemos cultivar la doctrina del Doctor Angélico, pero del mismo modo que hoy la cultivaría él si viviese. Por eso, algunas veces habrá que llevar a término lo que él mismo sólo pudo comenzar; y por eso también, hacemos nuestros todos los hallazgos de otros autores, que respondan a la verdad (pp. 120-122).

Aparte los dichos, san Josemaría cita con preferencia maestros de vida cristiana. Los cuatro primeros, por número de citas, son santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Bernardo y santa Catalina de Siena. En general, se advierte en san Josemaría la huella de dos filones de enseñanza sobre la vida espiritual, aunque de modo distinto: el siglo XVI español y el siglo XVII francés. En cuanto al siglo XVII, consta que citaba en su predicación oral a san Francisco de Sales y recomendaba la lectura de sus obras (pp. 122-123).

En todo caso, no hay que olvidar que los puntos que san Josemaría asume de la tradición adquieren en su enseñanza la novedad del espíritu que predica. No menciona en sus escritos a ningún autor contemporáneo de teología, ni siquiera a los que tienen directa relación con los temas de que habla. Illanes hace notar que “en su predicación, y particularmente en su predicación originaria o más antigua, no procedió – salvo excepciones – de forma argumentativa, sino asertiva. Su modo de hablar no fue el de un pensador o teólogo que, habiendo llegado a una conclusión, aspira a comunicarla a otros aduciendo para ello argumentos y razones, sino el que corresponde a un espiritual, a un hombre que, habiendo experimentado la cercanía de Dios, la testifica con la fuerza que deriva del encuentro con Dios y de la radicación cada vez más honda en el Evangelio a la que ese encuentro ha conducido. La conclusión es que no cabe situar a san Josemaría en el marco de una determinada escuela teológica contemporánea (pp. 124-126).

Las nociones que están en la base de la enseñanza de san Josemaría, comprenden dos grupos: uno que aclara las bases ontológicas de la santidad y otro que versa sobre su realización en la historia. Deja claro que la vocación laical es plena y completa en sí misma y que la dignidad del sacerdocio no quita nada a la plenitud de la vocación cristiana del laicado. Laicos y sacerdotes seculares son, por esto, los destinatarios directos de la predicación de san Josemaría. Este es el primer elemento que se ha de resaltar, en nuestra opinión, para poner de relieve el carácter específico de su espíritu. Ve en el trabajo un me-

dio privilegiado para unirse a Dios y colaborar en su obra creadora, redentora y santificadora (p. 235).

Los medios ascéticos concretos son unas determinadas prácticas de vida sacramental (como la participación diaria en la santa misa y la confesión frecuente), de oración mental y vocal y de formación cristiana. Si se considera cada uno aisladamente, se concluirá que son medios tradicionales en la Iglesia. Pero constituyen un *quid unum* configurador, no sólo porque están determinados en su materialidad, sino porque se viven con un determinado espíritu. San Josemaría hace notar, por ejemplo, que estos medios, en el Opus Dei, están insertados todos en el hilo común de la filiación divina (p. 237).

A la vez e inseparablemente comprendió que Dios le pedía dedicar la totalidad de sus energías a fundar una institución - una Obra, por emplear el término al que acudió desde el principio - formada por cristianos corrientes que, al descubrir lo que la vocación cristiana supone, acogen esa llamada y se esfuerzan en lo sucesivo por comunicar ese descubrimiento a los demás (p. 239).

Hemos mantenido constantemente la formulación que usan los autores, no sólo por fidelidad al pensamiento, sino porque reconocemos en ella un valor primario del texto. La magnífica riqueza del contenido está servida con una expresión fluida, nítida y exacta. Sin rigidez ideológica, se despliega una visión coherente, de articulación variable, capaz de organizar múltiples elementos. No cede a presión cumulativa, pero convence y persuade sobre la espléndida gracia recibida por la Iglesia en este santo moderno. El Espíritu que todo lo renueva, liberó una dinámica ciertamente admirable desde su estadio inicial, aunque todavía promete mayores frutos de salvación para el mundo.

Santiago M^a GONZÁLEZ SILVA, C.M.F.

P. CARLOTTI - P. BENANTI (curr.), *Teologia morale e scienze empiriche. Atti del Seminario di studio dell'ATISM (Assisi 4-8 luglio 2011)*, LAS, Roma 2012, 191 pp.

Il volume raccoglie gli atti del seminario dell'Associazione Italiana per lo Studio della Morale (ATISM) svoltosi ad Assisi dal 5 all'8 luglio 2011. Il tema trattato, il rapporto tra teologia morale e le scienze empiriche, riveste una particolare importanza nel nostro tempo per le tante implicazioni che lo sviluppo della ricerca scientifica porta alla riflessio-